

que la escuela estaba convertida en campo de Agramante, en que cada quien batallaba ora por la espada, ora por el yelmo, bajaba de su atalaya, y aquí da un puñetazo, allí golpea una pierna, más allá deja maltrecha una espalda, en esotra parte rompe un *pizarrón* ó acorrala á un muchacho ó deja impreso el plomo de la cuarta en la madera de una mesa.

Por fin, aquello se serenaba, y entre llantos y lamentaciones sentíamos llegar la hora de la salida. Entonces se dirimían las contiendas que habían quedado aplazadas

desde la hora de clase: «Aquí dígame lo que me dijo adentro»; «véngase á la orilla si es tan hombre»; «á que no se *pela* para el río.»

Generalmente no había necesidad de *pelarse* para ninguna parte. A la vuelta de la escuela había un callejón sucio, obscuro y fétido y allí iban los peleantes y sus padrinos ó testigos,

